

EDITORIAL

El volcán Galeras, también denominado URCUNINA –montaña de fuego- por los Quillacingas, habitantes originarios de esta región, es tal vez el volcán activo del que se tiene mejores registros en Colombia, pues la primera erupción reconocida se remonta a 1.580, 43 años después de la llegada de los españoles. Los registros de la actividad muestran que las erupciones van desde la emisión de ceniza, hasta erupciones explosivas con expulsión de piroclastos y en ocasiones acompañadas de movimientos sísmicos.

En sus alrededores se encuentran terrenos fértiles, con diversidad de climas, que permiten el cultivo de productos propios de regiones frías como el trigo y la papa, hasta caña de azúcar y plátano, característicos de zonas cálidas.

La ciudad de Pasto se ubica en el valle de Atriz, a 9 kms. del Galeras y en los últimos años, su crecimiento ha incluido sectores cercanos no solo a las faldas del volcán, sino a quebradas canalizadas que tienen su origen en el Galeras, como es el caso de la quebrada Mijitayo, llegando a constituirse en zonas de riesgo medio, en el mapa de riesgos del volcán Galeras.

En sus faldas, en zonas de amenaza volcánica alta (ZAVA), también se asentaron poblaciones más pequeñas como Genoy, La Florida y Nariño, corregimientos constituidos por poblaciones básicamente campesinas, entre cuyas características se destacan el apego a la tierra y la religiosidad, que se entremezclan con imaginarios propios y les hacen acreedores a una particular cultura.

La experiencia de la tragedia de Amero, Colombia, ocurrida en 1.985, se ha constituido en la voz de alerta para las regiones que conviven con riesgos detectados, como es el caso de los volcanes activos y por ello, a través del decreto 919 de 1.989, el Ministerio del Interior crea las disposiciones necesarias para la prevención y atención de desastres y se designan funciones en todos los niveles territoriales.

Si bien el volcán Galeras ha sido incorporado a la imagen de la ciudad y bajo su sombra han surgido ciudades, pueblos, corregimientos y caseríos que se fortalecieron durante varios años, también es cierto que en su historia natural, se constituye en un factor de riesgo permanente para los moradores de las zonas aledañas; que la convivencia con él, no puede ni debe significar confianza; y que en las situaciones donde es factible prevenir, es responsabilidad de todos y cada uno aportar en lo concerniente, para lograr los objetivos propuestos, considerando que en la cultura de los pueblos, la mirada de ellos es tan o más importante que la de los demás.

En la prevención, la reubicación de los pobladores se convierte en prioridad para los gobiernos, en búsqueda de evitar grandes pérdidas de vidas humanas derivadas de desastres anunciados, pero impredecibles hasta la fecha, como es el caso de la erupción de un volcán. Sin embargo, los imaginarios de los pobladores, sus concepciones culturales y sus estilos de vida, deben tenerse en cuenta para obtener resultados que satisfagan a los involucrados.

La problemática psicosocial de estos grupos étnicos, analizada desde la psicología comunitaria, utilizando métodos cualitativos, permitió la construcción de categorías de percepción del riesgo, manifestaciones emocionales, cognitivo comportamentales, relación comunidad-instituciones, conflictos comunitarios y problemática de albergues, como también el surgimiento de alternativas propuestas por representantes comunitarios, que aportan a través de la óptica de los directamente afectados, la percepción de los aspectos que están cotidianamente influenciando sus vidas y que de una u otra manera han afectado inclusive su cultura, permitiendo orientar el quehacer de quienes asumieron las directrices para impulsar acciones tendientes a minimizar o eliminar los riesgos.

El Proyecto ZAVA, en el cual se ha involucrado la Universidad de Nariño, acorde con su política de Universidad y región, pretende contribuir a esclarecer aspectos que faciliten estos procesos de reasentamiento de estos pobladores, a través de la compra de predios que se anexarían al área de reserva natural, para que el volcán Galeras pueda seguir siendo un santuario de flora y fauna donde, bajo condiciones de seguridad, se continúe practicando el montañismo y siga siendo considerado como uno de los símbolos con que se identifica a la ciudad de San Juan de Pasto y no como el emblema de una tragedia.

MARTHA ISABEL URDANIVIA ALVIZ

Editora invitada